

SOCIEDAD Y SEMÁNTICA MORAL EN EL CONTEXTO DEL COVID-19: Reflexiones sobre medicina, política y ciencia

Francisco X. Morales

fxmorales@puce.edu.ec

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Introducción

La sociedad en la que vivimos puede ser descrita como un sistema de comunicaciones altamente complejo, diferenciado en múltiples subsistemas, cuyas operaciones tienen un alcance mundial (Luhmann, 2007). A estas alturas de su evolución histórica, es evidente que la sociedad moderna no tiende a la armonía ni al “progreso”, al contrario, se trata de un sistema alejado del equilibrio, cuya creciente complejidad lo expone a diversas perturbaciones, sin que existan ajustes automáticos ni mecanismos claros que garanticen la solución de los problemas. La sociedad moderna se “irrita” constantemente a sí misma, tanto en su ambiente interno (las relaciones entre los subsistemas), como en lo que respecta a su entorno (el medio ambiente ecológico y los individuos humanos).

En medio de todos los difíciles problemas que ya existían en la sociedad, el COVID-19 se pre-

senta repentinamente como una amenaza de origen externo, cuyos efectos pueden calificarse de “catástrofe generalizada”: todos los sistemas sociales, con sus particularidades y en sus distintas escalas, se enfrentan a un escenario de “transición crítica”, que produce situaciones de alta inestabilidad en la continuidad de sus procesos acostumbrados (Mascareño, 2018).

En este escenario, a la par que el virus se contagia en los cuerpos, se propaga también la comunicación relativa al virus y se activan mecanismos de inmunización social, como es el caso de las políticas de aislamiento y distanciamiento. Estas respuestas defensivas generan, paradójicamente, un fenómeno de autoinmunidad, es decir, que las mismas reacciones defensivas provocadas por la amenaza externa se convierten en una agresión hacia el propio sistema:

En su esfuerzo sanitario, político y moral por preservar su

base psicofísica de existencia (los individuos), la sociedad pierde su coordinación como un todo y cada sistema social, preocupado en primera instancia de su propia subsistencia, produce comportamientos que obstruyen el funcionamiento del resto. La sociedad se transforma en una paradoja, en un virus de sí misma. (Mascareño, 2020, p. 13)

Es de esperarse que la catástrofe producida por la inmunidad y autoinmunidad de la sociedad se exprese en el nivel de las *semánticas*, esto es, en los contenidos o temas que la sociedad tiene a disposición para ser reproducidas en la comunicación (Luhmann, 1998a, 2007). Entre las diversas semánticas que se difunden en la actual coyuntura, nos interesa concentrarnos en las reacciones de tipo moral, justamente por su posible función inmunitaria y autoinmunitaria.

Siguiendo a Luhmann (2013), definimos a la moral como un tipo de comunicación que se refiere a la bondad o maldad de la persona, es decir, se comunica moralmente cuando se dan a conocer las condiciones para juzgar si la persona como tal es digna de estima o de *menosprecio*. Esta conceptualización permite observar las dos caras de la moral: no

solamente su valor "positivo" ligado al consenso, sino también su valor "negativo" de disenso. Así como puede estar relacionada con la integración a partir de valores que se asumen como compartidos por un grupo social, la comunicación moral posee al mismo tiempo rasgos "polemogénicos" (es decir, que surge de conflictos y genera conflictos), pues quien comunica el menosprecio se expone a recibir una respuesta equivalente acerca de su propia persona, lo cual arrastra fácilmente al confrontamiento.

En la sociedad moderna, la moral ha perdido su arraigo cosmológico y sus connotaciones mágicas, así como su fundamento religioso. Sin embargo, su importancia no disminuye: la comunicación moral se mantiene como médium disponible para cualquier circunstancia, desde las interacciones cotidianas hasta los escándalos que difunden las noticias de la prensa. Luhmann (2007) propone que en la sociedad moderna la moral tiende a adoptar una función inmunitaria de "alarma": comunica problemas urgentes y realidades inquietantes que surgen como consecuencia del funcionamiento de la sociedad, y que no se ve cómo pueden resolverse. Si esta tesis es correcta, deberíamos observar en las actuales condiciones una aun ma-

yor “inflación” de la comunicación moral.

En este trabajo presentamos algunas reflexiones acerca de las semánticas morales que se han difundido en la actual coyuntura de la pandemia, y nos concentramos en las relaciones entre tres subsistemas de la sociedad: *medicina*, *política* y *ciencia*. Estos análisis se presentan a modo de ensayo, sin pretensión de realizar un estudio sistemático de contenido; su finalidad es motivar la reflexión y estimular posibles líneas de investigación. La propuesta es que la observación de la semántica moral puede ser una forma particular de análisis crítico del discurso, o, si se prefiere una terminología más tradicional, de crítica de la ideología. Esta tarea se hace ahora urgente para poner bajo examen las nociones excesivamente simplificadoras que se propagan en los discursos políticos, la prensa y en el sentido común con mayor virulencia que el propio COVID-19.

Medicina y semántica del heroísmo

El primer sistema de la sociedad al que le compete el problema de una enfermedad como el COVID-19 es, por supuesto, el de la medicina, que tiene como su fundamento la distinción salud/en-

fermedad dirigida a los cuerpos de los seres humanos (Luhmann, 2016). Aquí, la crisis que experimenta el sistema no radica solamente en el potencial de agravamiento particular de esta enfermedad, sino, ante todo, en el contexto social y demográfico de la infección: el rápido y exponencial contagio que producen las aglomeraciones de los cuerpos, propias de la densidad demográfica de las urbes y de los flujos masivos de personas en la sociedad globalizada.

Este contexto de alto riesgo infeccioso produce dificultades no tanto en el conocimiento y las técnicas médicas, sino en las capacidades organizacionales de los hospitales: camas, insumos, personal. Una situación de agotamiento de estas capacidades por exceso de demanda coloca a los médicos en la obligación de tomar decisiones altamente riesgosas en términos éticos respecto de a quién atender y a quién no, y de privilegiar los recursos para la atención del COVID-19 en detrimento de otras enfermedades. Asimismo, somete a todo el personal a una sobrecarga de trabajo, exponiéndolos, al mismo tiempo, a un mayor riesgo de contagio.

A la par de esta situación de sobrecarga organizacional y, par-

ticularmente, laboral, podemos observar la aparición de semánticas centradas en la moral. Una de ellas ha adoptado la forma del *performance* colectivo del aplauso para los trabajadores de la salud, que consiste en reconocer un estatus heroico al personal encargado de lidiar directamente con la enfermedad. Nadie cuestionaría lo merecido de este reconocimiento simbólico, sin embargo, esta versión amable de la semántica moral no ha estado exenta de polémica: en muchos casos el gesto ha sido tomado con ironía por el personal de salud, pues los aplausos y las apelaciones espirituales a la vocación contrastan con las limitaciones de recursos, fallas administrativas, problemas salariales y jornadas extendidas; incluso en Alemania una enfermera manifiesta: "Sí pienso que es lindo que la gente aplauda por nosotros, pero eso no paga nuestro alquiler" (citado en Szymanowski, 2020). En este contexto, la semántica del heroísmo funge como una exigencia de sobrecarga psíquica y corporal, como compensación frente a las limitaciones organizacionales.

Por otro lado, esta semántica también contrasta, en la práctica, con los casos de discriminación hacia médicos y otros trabajadores de salud justamente por su

mayor exposición al contagio (González, 2020). Observamos aquí que la percepción imaginaria de estar infectado con el virus se convierte fácilmente en una condición de estigma, de modo similar a las expresiones de racismo y xenofobia motivadas por el hecho de que la enfermedad se difundió, inicialmente, a través de las fronteras de los países (Human Rights Watch, 2020).

Política y semántica de la indisciplina

Ante las presiones que el contexto sociodemográfico provoca en los sistemas hospitalarios, la decisión inmediata que se impone no es médica, sino de salud pública: establecer medidas de aislamiento y distanciamiento social. Esta es una decisión que se plantea desde las premisas de la medicina, es decir, desde sus conocimientos acerca de la naturaleza del contagio, pero su capacidad de aplicación rebasa los límites de este sistema. Solamente los Estados son capaces de tomar este tipo de decisiones vinculantes, lo cual implica que pasamos de la inmunología médica a la inmunología política.

Aquí nos encontramos en un campo completamente distinto, con sus propios criterios de operación y sus propios problemas.

Mientras el código central de la medicina es salud/enfermedad, el de la política moderna es gobierno/oposición (Luhmann, 2014), es decir, sus dinámicas giran alrededor de las luchas por los cargos de poder en las organizaciones del Estado. En la actual coyuntura, y dependiendo de las circunstancias particulares de cada país, la competencia entre el gobierno y la oposición no se anula, sino que, al contrario, tiende a encenderse: no hay mayor oportunidad para un gobernante que demostrar su liderazgo ante este desafío histórico (la metáfora militar de “la guerra contra el coronavirus” ha sido ampliamente utilizada), aunque, al mismo tiempo, dadas las circunstancias, el riesgo de deslegitimación de los gobiernos es sumamente alto, lo cual se presenta, en cambio, como una oportunidad perfecta para la oposición.

Sin embargo, el principal riesgo de ilegitimidad para los gobiernos no está solamente en las dificultades para lidiar directamente con la pandemia, sino, ante todo, en las consecuencias de esas mismas decisiones en el entorno de la política, particularmente en la economía. Dado que las medidas de aislamiento y distanciamiento comprometen cualquier actividad organizacional que depende de la presencia y la movilidad física

de las personas, la economía enfrenta su propia catástrofe. No experimentamos el fin del capitalismo, pues la economía a gran escala no deja de operar, pero la crisis económica es inevitable y de dimensiones históricas, lo cual produce problemas graves a todos los sistemas de la sociedad, incluyendo a la política. Para los gobiernos, la deslegitimación no viene solamente por el lado de las cifras de contagios y fallecimientos, sino, ante todo, por el lado económico. Surge, así, el dilema, imposible de resolver, entre salud y economía, expresados en presiones opuestas desde el lado de los gremios médicos y, por el otro lado, desde los grupos empresariales.

Ante estas circunstancias altamente irritantes para la política, destacan las respuestas semánticas relacionadas con las dificultades para cumplir las medidas de aislamiento y distanciamiento. Los motivos que pueden tener los individuos, las familias, los grupos de amistad, etc. para incumplir estas medidas pueden ser muy variados, pero resultan especialmente destacables las dificultades ligadas a las situaciones de exclusión. Las medidas tomadas ponen a muchas personas en riesgo de perder sus ingresos, pero es particularmente dramático el caso de las personas exclui-

das de la economía y que se dedican al trabajo informal (FAO, 2020). La situación vulnerable de la población en condición de exclusión ha motivado ayudas de emergencia por parte tanto de los gobiernos como de organizaciones ciudadanas, pero ha sido también motivo de conflictos acompañados por semánticas morales.

La situación de marginalidad no es una condición propia del "subdesarrollo" (en sí mismo, un término con connotación moral), sino que es una consecuencia de las dinámicas de inclusión/exclusión propias de cada sistema funcional de la sociedad (en primer lugar, la economía, pero también la educación, la medicina, el derecho, la política, etc.), y que es particularmente visible en las regiones periféricas (Luhmann, 1998b). Para las personas dedicadas al comercio informal y a otras estrategias de supervivencia en contextos de exclusión, el imperativo moral del "quédate en casa" resulta una ironía; como afirma, por ejemplo, un vendedor informal de la ciudad de México: "Si no salgo, ¿de dónde voy a sacar para comer? Tengo que salir a fuerzas a trabajar" (citado en Cambero, 2020). En ciudades como Quito, el conflicto, ya existente previamente, entre comerciantes informales y autoridades

municipales se exacerba en las nuevas circunstancias (EFE, 2020).

La moral del "quédate en casa" deja de ser amable cuando proviene de las personas que ocupan cargos en los Estados, y que poseen los medios de amenaza y uso de la violencia para obligar a su cumplimiento. En Ecuador, el presidente y otras autoridades del gobierno atribuyen los altos niveles de contagios a la indisciplina de la gente, y la prensa ha replicado ese discurso con insistencia. En un reportaje de una cadena internacional, un epidemiólogo local realiza su diagnóstico cuando se le pregunta por qué el COVID-19 ha afectado tanto a ese país: "Es una suma de varios factores, pero el principal es que en el Ecuador no hemos seguido con rigor estricto todas las medidas que se deben tomar para afrontar una emergencia de esta magnitud, ni las personas han hecho caso de las observaciones del gobierno"; en el mismo reportaje, el Ministro de Salud defiende la gestión del gobierno y moraliza con delicadeza: "Sin embargo, el comportamiento de las personas no ha sido el ideal y eso ha causado serios focos de infección" (citados en Millán Valencia, 2020).

Discursos similares que atribuyen el problema a la indisciplina han

sido difundidos por gobernantes de varios países, y en la prensa que destaca noticias de fiestas, reuniones y aglomeraciones que violan las medidas de restricción de movilidad. En otras palabras, la falta de entendimiento y de responsabilidad de la gente, es decir su irracionalidad, no permite a los gobernantes lidiar con éxito la “guerra contra el coronavirus”, y muchos periodistas, siempre tan propensos a moralizar, se suman a la campaña.

Ciencia y pseudociencia

Con la crisis actual del COVID-19, también el sistema de la ciencia se ha visto afectado en sus operaciones. El cambio más evidente es el giro en los programas de investigación: la demanda por conocimiento sobre lo que está ocurriendo es alta, de modo que ahora es prácticamente un imperativo investigar y publicar temas vinculados con el COVID-19, o relacionados con la medicina y salud en general (como es también el caso de este mismo artículo).

Sin embargo, quizás el más importante fenómeno para la ciencia, en lo que respecta a su relación con el resto de la sociedad, está en la mayor visibilidad de las incertidumbres propias del conocimiento científico, lo cual

está relacionado con una mayor competencia por la reputación entre ciencia y pseudociencia, especialmente en lo que a las aplicaciones médicas se refiere.

Uno de los fenómenos semánticos más llamativos del contexto actual es la creciente difusión de conocimientos y terapias de origen pseudocientífico, que se ofrecen en la forma de medicinas alternativas capaces de cumplir con la inmunización o incluso con la cura que la medicina convencional no puede garantizar. Algunas terapias alternativas pueden ser inofensivas, e incluso beneficiosas (una técnica no necesita estar científicamente inspirada para funcionar), pero otras pueden ser una amenaza no solo para el cuerpo, sino también para los sistemas de la medicina y de la ciencia.

Uno de los casos más sonados es el del llamado “suplemento mineral milagroso”, que contiene dióxido de cloro, sustancia que ha sido advertida como peligrosa si se ingiere (FDA, 2020). El carácter pseudocientífico de este tratamiento no está simplemente en las dudosas credenciales académicas de sus divulgadores, ni tampoco en los cuestionables métodos utilizados para demostrar su eficacia. La característica crucial, desde el punto de vista

sociológico, es que, en lugar de competir en el campo de las publicaciones científicas, sus defensores se defienden de las críticas apelando a la persecución y a la teoría de la conspiración. Los descubridores de la cura milagrosa se venden como figuras heroicas que luchan contra las poderosas corporaciones y contra el dogma de la medicina oficial, lo cual les otorga ante el público prestigio no científico, pero sí moral. Esta apelación al prestigio moral es irradiada también a los seguidores, quienes actúan como creyentes que buscan nuevos conversos y están siempre dispuestos a polemizar con los detractores.

Teorías de la conspiración, con similar connotación moral, se han difundido ampliamente en la actual coyuntura, incluyendo aquella que sostiene que el virus fue creado en un laboratorio; esta tesis, de nuevo, cuenta como pseudocientífica no solamente por la ausencia de evidencias (Van Beusekom, 2020), sino porque ignora por completo o tacha de conspirativas las explicaciones sobre el origen del virus propuestas por las publicaciones científicas. Está también la muy difundida teoría conspirativa acerca del vínculo entre el COVID-19 y la instalación de tecnología 5G para teléfonos celulares, que mo-

tivó incidentes de destrucción de antenas en Gran Bretaña (Schraer & Lawrie, 2020).

La connotación moral es mucho más explícita en discursos que asocian las capacidades inmunitarias del cuerpo directamente con las virtudes del comportamiento de la persona, devolviendo, así, a la moral sus connotaciones mágicas. Este es el caso de un texto compartido "viralmente" en redes sociales (y, por tanto, difícil de rastrear en su fuente original), que asegura que el virus del COVID-19 vibra en bajas frecuencias de resonancia, y que no puede prosperar en personas que viven en "altas vibraciones" ligadas a la generosidad, la compasión, el amor. La tesis es: las buenas personas no se contagian; la recomendación: controle sus emociones negativas.

El fenómeno de la difusión de la pseudociencia no es, por supuesto, nuevo, y no se limita al ámbito médico (piénsese, por dar un ejemplo, en la atención recibida en los últimos años por la tesis de la Tierra plana). De hecho, las teorías y métodos pseudocientíficos pueden considerarse como un acompañante inevitable de la ciencia, y participan, desde sus márgenes, en los debates sobre temas de investigación, así como en las luchas por el reconocimien-

to de la autoridad científica (Luhmann, 1996). Así, no toda terapia alternativa pertenece a la pseudociencia, por ejemplo, conocimientos populares acerca de plantas u otro tipo de medicinas tradicionales no cuentan como pseudociencia; la pseudociencia es siempre una paraciencia, que se caracteriza por asumir el lenguaje científico y por pretender competir con la "ciencia normal" en el campo de la lucha por la reputación.

La novedad de la actual coyuntura consiste en que se ha hecho visible para el público en general el carácter propio de las verdades científicas: no constituyen un conocimiento sólido y definitivo, sino que dependen de un proceso de "conjeturas y refutaciones" (Popper, 1983; Mascareño, 2020); es decir, la producción de conocimiento científico está atada a una dinámica de competencia de publicaciones que se cuestionan las unas a las otras, lo cual implica que lograr un consenso acerca de una verdad es algo muy incierto, y siempre puede ser modificado a la luz de nuevas investigaciones. En términos de código de comunicación, diríamos que la ciencia no solamente produce verdad, sino que oscila entre los valores de verdad y no verdad (Luhmann, 1996).

Este ha sido el funcionamiento de la ciencia moderna tal como se ha institucionalizado en los últimos siglos, pero en el contexto de la actual pandemia, las expectativas que el resto de la sociedad tiene de los conocimientos científicos y de sus aplicaciones técnicas (en este caso, médicas) se ven frustradas ante las inseguridades y los tiempos propios de la investigación científica. En consecuencia, se tiende a debilitar la reputación de la investigación médica, así como de organizaciones portavoces del consenso científico (particularmente la OMS), las cuales se ven obligadas a modificar, cuando es el caso, sus conocimientos y recomendaciones en torno al COVID-19. Asimismo, el tiempo lento de la producción de consensos científicos contrasta con los acelerados tiempos de la política y de la prensa, que requieren ofrecer a su clientela información rápida, segura y de aplicación efectiva, a riesgo de debilitar su propia reputación. Valdría también añadir el papel particular que cumple el Internet, como medio de comunicación que descentraliza la generación y difusión de información, y relativiza los criterios del prestigio de las fuentes.

Todas estas circunstancias crean un ambiente favorable para el aumento del crédito de las alter-

nativas pseudocientíficas, las cuales pasan por alto la compleja dinámica de las conjeturas y refutaciones, y la reemplazan por un principio de conversión. Estas teorías pueden difundirse ellas mismas de manera "viral", ya que ofrecen un diagnóstico y/o una terapia que están al alcance de la voluntad del individuo, y, al mismo tiempo, otorgan seguridad cognitiva y existencial (Lindemann, 1998), en este caso, frente al temor que produce la enfermedad, y frente a la frustración de las irrealistas expectativas puestas en la ciencia desde su entorno social.

En la sociedad de la llamada "posverdad" (McIntyre, 2018) también es posible simplemente negar la existencia del COVID-19 o desestimarlo como una gripe común, para desacreditar las medidas políticas de aislamiento y distanciamiento social. En los Estados Unidos, los movimientos ultraconservadores, que siempre se han caracterizado por sus posturas anticientíficas (en realidad, pseudocientíficas, pues usualmente defienden sus propias teorías alternativas), han organizado protestas anticuarentena y han incluido a la existencia misma del COVID-19 y a las medidas de salud pública en el mundo de las teorías de la conspiración (Wilson, 2020). Aunque los Estados

Unidos tienen una tradición particular de este tipo de movimientos, las protestas anticuarentena, junto con sus semánticas pseudocientíficas, no son un fenómeno exclusivamente norteamericano, sino que han aparecido también en otros países (Ward, 2020).

Conclusión

En condiciones de amenaza frente a la continuidad de los sistemas sociales, y con mayor razón en una situación catastrófica como la que experimentamos ahora, es inevitable la reacción moral, cuya semántica puede ser fácilmente aceptada y reproducida, ya que simplifica la realidad a los términos de la motivación y la responsabilidad de las personas. Frente a la avalancha de problemas que no muestran una clara solución, la reacción inmediata de moralizar ofrece un orden cognitivo sencillo y orientaciones inmediatas para la acción. En sus versiones amables, la moral puede tener un efecto "balsámico", pero su conexión con conflictos, existentes o latentes, la convierte también en irritante.

¿Es la moral un mal? Afirmar eso sería moralizar acerca de la moral. Hay que observarla como lo que es: una reacción inmunitaria en el plano de la semántica. La inflación de la moral que experimenta

la sociedad es un síntoma de que los problemas producidos en la sociedad tienen graves dificultades para encontrar soluciones. Sin embargo, ¿podría también la moral presentar efectos autoinmunes, es decir, que aportan a la situación de autoagresión de la sociedad?

Aquí se presenta el tema de cómo la respuesta inmunitaria de tipo moral está acoplada con la inmunidad y autoinmunidad en el nivel psíquico. El carácter polemogénico de la moral está justamente en que pone en juego la autoestima de los individuos, tanto de quienes son objeto del juicio moral, como de quienes lo emiten (Luhmann, 2013). Las estructuras de identidad del yo se ponen bajo amenaza cuando en la interacción el individuo recibe símbolos de menosprecio, o teme exponerse a ellos (Morales, 2017). El estrés –que debería contarse entre las pandemias de la sociedad moderna– no es simplemente el resultado de estar expuesto a exigencias abrumadoras (como el exceso de trabajo), sino que está relacionado con el peligro de decepcionar las expectativas sociales ligadas al desempeño de determinadas identidades que son relevantes para la autoestima del individuo (Thoits, 1991).

Así, la principal tesis que podemos formular a partir de los análisis presentados aquí es que, en circunstancias de crisis, la comunicación moral sobrecarga a la persona, en términos tanto corporales como psíquicos, con la responsabilidad de lidiar con los problemas de la sociedad, en un contexto en que las decisiones organizacionales, técnicas, políticas y económicas enfrentan dificultades para reaccionar como se espera de ellas. En circunstancias caóticas y de marcada incertidumbre, la tentación de moralizar es alta, pero se lo hace bajo el riesgo de alimentar la frustración del individuo frente a sus entornos sociales.

¿Qué hacer, entonces, con la moral? La comunicación moral es inevitable, e incluso necesaria en ciertas circunstancias. Sin embargo, si bien toda comunicación es moralizable, no toda comunicación es moral; en este sentido, la tarea que se impone para la ética es reflexionar en qué momentos es válido comunicar desde la moral y en qué momentos no (Luhmann, 2013). El requisito para ello es la observación de segundo orden: observar cómo se comunica cuando se apela a la moral, y evidenciar que se trata de una forma particular de comunicación entre otras posibles.

Referencias

- Camero, F. A. (2020-04-10). Cuando la calle es la vida: coronavirus deja sin ingresos a trabajadores informales en América Latina. Infobae. Recuperado de: <https://www.infobae.com/america/agencias/2020/04/10/cuando-la-calle-es-la-vida-coronavirus-deja-sin-ingresos-a-trabajadores-informales-en-america-latina/>
- EFE (2020-05-21). Los comerciantes informales de Quito protestan en medio de la cuarentena. Recuperado de: <https://www.efe.com/efe/america/economia/los-comerciantes-informales-de-quito-protestan-en-medio-la-cuarentena/20000011-4252401>
- FAO (2020-04-20). Repercusiones de la enfermedad por coronavirus (COVID-19) en los trabajadores informales. Recuperado de: <http://www.fao.org/3/ca8560es/CA8560Es.pdf>
- FDA (2020-04-08). Actualización del coronavirus (COVID-19): La FDA advierte a empresa que comercializa productos peligrosos de dióxido de cloro que afirman tratar o prevenir el COVID-19. Recuperado de: <https://www.fda.gov/news-events/press-announcements/actualizacion-del-coronavirus-covid-19-la-fda-advierte-empresa-que-comercializa-productos-peligrosos>
- González, D. (2020-04-04). Entre aplausos y discriminación, la lucha de los médicos contra el Covid-19 en Argentina y Colombia. France 24. Recuperado de: <https://www.france24.com/es/20200404-discriminacion-medicos-argentina-colombia-coronavirus>
- Human Rights Watch (2020-05-12). El COVID-19 aumenta la xenofobia y el racismo contra los asiáticos en todo el mundo. Recuperado de: <https://www.hrw.org/es/news/2020/05/12/el-covid-19-aumenta-la-xenofobia-y-el-racismo-contralosasiaticosen-todo-el-mundo>
- Lindemann, M. (1998). Motivation, cognition and pseudoscience. *Scandinavian Journal of Psychology*, 39, 257-265
- Luhmann, N. (1996). La ciencia de la sociedad. México: Universidad Iberoamericana
- Luhmann, N. (1998a). Sistemas sociales: lineamientos para una teoría general. Barcelona: Antrhopos
- Luhmann, N. (1998b). Inclusión y exclusión. En Complejidad y modernidad: de la identidad a la diferencia. Madrid: Trotta
- Luhmann, N. (2007). La sociedad de la sociedad. México: Herder/Universidad Iberoamericana
- Luhmann, N. (2013). La moral de la sociedad. Madrid: Trotta
- Luhmann, N. (2014). Sociología política. Madrid: Trotta
- Luhmann, N. (2016). El código de la medicina. En Distinciones directrices. Madrid: CIS
- Mascareño, A. (2018). De la crisis a las transiciones críticas en sistemas complejos: Hacia una actualización de la teoría de sistemas sociales. *Theorein*. Revista de

ciencias sociales, III (3), 109-143

Mascareño, A. (2020). Inmunidad y autoinmunidad: paradojas pandémicas. En J. M. Domingues et al., *La crisis mundial del COVID19: boletín II*, Buenos Aires: Clacso, 11-14

McIntyre, L. C. (2018). *Post-truth*. Cambridge, MA: MIT Press

Millán Valencia, A. (2020-04-02). Coronavirus: ¿por qué Ecuador tiene el mayor número de contagios y muertos per cápita de covid-19 en Sudamérica? BBC. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-52036460>

Morales, F. (2017). ¿Quién soy yo? Reflexiones teórico-sistémicas acerca de la identidad individual. *Theorein. Revista de ciencias sociales*, I (1), 15-31

Popper, K. (1983). *Conjeturas y refutaciones*. Barcelona: Paidós

Schraer, R. & Lawrie, E. (2020-04-06). Coronavirus: las teorías conspirativas sobre el 5G y el covid-19 que llevaron a la quema de mástiles de telefonía celular en el Reino Unido. BBC. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52182841>

Szymanowski, G. (2020-04-02). Coronavirus crisis: Underpaid, overstretched nursing staff demand more than applause. *Deustche Welle*. Recuperado de: <https://www.dw.com/en/coronavirus-crisis-underpaid-overstretched-nursing-staff-demand-more-than-applause/a-52995776>

Thoits, P. A. (1991). On Merging Identity Theory and Stress Research. *Social Psychology Quarterly*, 54 (2), 101-112

Van Beusekom, M. (2020-05-12). Scientists: 'Exactly Zero' evidence COVID-19 came from a lab. *CIDRAP News*. Recuperado de: <https://www.cidrap.umn.edu/news-perspective/2020/05/scientists-exactly-zero-evidence-covid-19-came-lab>

Ward, A. (2020-05-20). Anti-lockdown protests aren't just an American thing. They're a global phenomenon. *Vox*. Recuperado de: <https://www.vox.com/2020/5/20/21263919/anti-lockdown-protests-coronavirus-germany-brazil-uk-chile>

Wilson, J. (2020-04-17). The rightwing groups behind wave of protests against Covid-19 restrictions. *The Guardian*. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/world/2020/apr/17/far-right-coronavirus-protests-restrictions>